

Javier Pérez Andújar

La noche
fenomenal



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: © Marcos Martínez

Primera edición: marzo 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Javier Pérez Andújar, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9871-2

Depósito Legal: B. 4363-2019

Printed in Spain

Black Print CPI Ibérica, S. L., Torre Bovera, 19-25
08740 Sant Andreu de la Barca

*Se conoce la pandilla
y todo va de maravilla.*

Ángel acababa de regresar de Dijon, donde estuvo viviendo cerca de un año. Era alto y tenía los ojos de color azul pálido. Se había afincado en esa ciudad de la Francia históricamente profunda, antigua capital del ducado de Borgoña, en busca de las huellas del diablo por sus viejas calles empedradas, sus caserones, sus mansiones residenciales, sus iglesias, sus fortificaciones. Nuestro encuentro tuvo lugar una tarde en la librería Jaimes, desterrada a la calle Valencia, y de facto la librería francesa de Barcelona. Durante muchos años, la librería estuvo en el paseo de Gracia, pero se vio forzada a irse del lugar más señorial de la ciudad a causa de la especulación. Lo mismo había ocurrido en las Ramblas con la librería Documenta. La ciega entrega a la especulación y al turismo llevaba tiempo dejando el centro de la ciudad sin vecinos y sin libros. Solo policías y gente desorientada.

En la sala de actos de Jaimes (al final del local), se exhibía aquellos días una selección litográfica de la obra de Jean-Baptiste Perronneau, un pintor sin fama que hizo retratos de gente desconocida a las puertas de la revolución francesa. Buena parte de su pintura está en el Museo de Bellas Artes de Orleans, como es el caso del óleo que dedicó al dibujante y hombre de negocios Aignan-Thomas Desfriches, señor de

la Cartaudière, donde aún se ve vivir a la vieja Francia. Desfriches mira irónicamente, tiene el rostro ensombrecido por el tiempo sin afeitarse y viste el satén informal azul, esa ropa cara de andar por casa que tan de moda se puso entre los filósofos de la época; Diderot, a quien se debe el nacimiento de la Ilustración y la creación de la Enciclopedia (luz republicana que quiso eclipsar al astro rey), también sale vestido así en un cuadro de la misma época. Ángel se detuvo para contemplar la figura de Desfriches y llevaba un elegante abrigo de terciopelo azul que le hacía parecerse a ese personaje. Pero yo no había ido a la librería a visitar esa exposición, no es mi mundo, sino para oír la conferencia que Ángel iba a dar en unos minutos sobre el otro mundo.

En la calle se levantó un aire frío. La gente que pasaba se abrochó las chaquetas, se agarró las solapas mientras seguía caminando desconcertada, dando la impresión de que de repente se habían quedado sin saber adónde ir. Empezaron a tiritar los árboles y sus hojas arrancaban a volar saltando desde sus ramas unas tras otras, y las que se amontonaban en la acera eran alzadas por ráfagas intermitentes. Las señales de tráfico tableteaban con su ruido de chapa. Y en una de aquellas ventoleras el día se oscureció del todo. La tarde se había hecho añicos antes de acabarse, y el cielo negro se instaló para dar paso a la noche, y así quedaría decretada de manera irrevocable la llegada de aquel invierno.

La conferencia de Ángel se titulaba «Satán herético en el siglo de los Valois». Yo había recibido el anuncio a través de la lista de correo de la librería. Por aquel entonces muchos de quienes formaríamos poco después el equipo de *La noche fenomenal* no nos conocíamos ni teníamos experiencia televisiva, salvo el Jugador de Ajedrez, que frecuentaba televisiones y radios como experto en ocultura, es decir, en cultura oculta. El Jugador de Ajedrez se llamaba Piñeiro, y era de Lugo, pero vivía en Barcelona desde que tenía cuatro años.

Ahora era un cincuentón de mejillas coloradas que hablaba con voz sonora. Al estrechar su mano por primera vez, sentí cómo la amistad es algo que se transmite físicamente.

Ángel se puso las gafas para repasar unos datos, se las quitó y empezó la charla explicando que la calle donde había vivido en Dijon se llamaba rue de la Verrerie, y estaba próxima a la iglesia de Notre-Dame, en cuyas gárgolas los ángeles caídos aparecen representados dramáticamente con cuernos en la cabeza y las alas llenas de escamas, pero él las llamó «alas papelonadas» utilizando un término de heráldica. Dijo que las gárgolas no eran tan antiguas como la catedral, pues según una leyenda las originales fueron arrancadas y las sustituyeron con estas. Ocurrió en el siglo XIII, el tiempo del poeta Rutebeuf, el juglar de París. Léo Ferré le dedicaría una canción a Rutebeuf que oiríamos muchas veces en casa de Ángel, un altillo en el Ensanche, achicharrante en verano y gélido en invierno. Según aquella leyenda local, un prestamista muy rico de Dijon decidió casarse en la catedral, pero el día de la boda, al pasar bajo el porche del templo, se desprendió una estatua que representaba a un usurero con tan mala fortuna que le cayó encima y lo mató. Los otros prestamistas tuvieron miedo de que cualquier día les pasase lo mismo y pidieron que fuesen destruidas las estatuas del pórtico. Así se reemplazaron las estatuas por demonios. Toda la Edad Media es un esfuerzo por arrojar a los judíos al infierno.

No llegábamos a diez los asistentes a la conferencia. Siempre creo que todo lo que me gusta me lo voy a encontrar lleno de gente, y luego nunca va nadie. En la primera fila había una chica muy joven con un sombrero de terciopelo que tomaba notas en una libreta de espiral. Se sentaba a su lado un hombre de largas patillas blancas. Primero creí que iban juntos, pues el tipo no paraba de darle explicaciones cada vez que ella apuntaba una frase, pero luego comprendí que era uno de esos solitarios cuya forma de pedir

ayuda es ofrecerla sin parar. En el turno de preguntas, el hombre se irguió apoyado sobre un rústico bastón como los que llevan los pastores, explicó que había venido desde Lérida exclusivamente para asistir a ese acto, pues le parecía insólito el tema, y dijo que aunque creía en el diablo a él no le daba miedo condenarse *ad aeternum* en el infierno, añadió que ahora vivía en un piso diminuto con su hermana mayor que estaba casi ciega, y que había pedido una ayuda por discapacidad pero no se la concedían, especificó cuánto pagaban de hipoteca y volvió a sentarse sin hacer ninguna pregunta en concreto. Entre aquel público también se encontraban varios de los que muy pronto iban a ser mis compañeros de programa. Ya he nombrado al Jugador de Ajedrez, que sujetaba entre los dientes una pipa apagada. Junto a él se sentaba J. L. Hermosilla, con su americana de cuadros y el casco negro de la moto, que dejó en la silla contigua, y a su otro lado estaba De Diego, con su perilla de hombre de mundo y su chaleco de safari, y su colgante en el cuello con un colmillo, y una bolsa de plástico de la cadena de perfumerías La Balear en la que guardaba un frasco. Todos se habían puesto en primera fila. Poco antes de empezar la charla les vi saludar muy amistosamente a Ángel. Me pareció que formaban una pandilla tan bien avenida que me desazonó no conocerles personalmente, pero aun así no me atreví a entrarles. De Ángel solía leer sus columnas en *Rumbo 3*, la revista que dirigía J. L. Hermosilla. Eran textos escritos muy cuidadosamente, hasta literarios podría decirse, si no fuera porque por lo general en la literatura de ciencias ocultas lo más oculto es la literatura.

Al final de la conferencia, cuando empezó a irse todo el mundo, y solo quedaban la chica del gorro, que esperaba para pedirle un autógrafo a Ángel, y el hombre de las patillas blancas, que miraba a todas partes agarrado a su bastón, me armé de valor y abordé a aquellos amigos. Les expliqué que practi-

caba viajes astrales y que había pensado montar una agencia de viajes de este tipo. Nos entendimos a la primera y me invitaron a tomar una copa con ellos. El bar estaba muy cerca y tenía en la fachada un rótulo de plástico amarillo con un misterioso objeto negro dibujado (tal vez pudiera ser un mejillón) y unas letras que decían Bar La Lastra (aunque, dado ese nombre, quizá fuese una piedra el motivo del dibujo).

El propietario era un tipo de cabello moreno y bastante calvo, pero mediante un laborioso peinado era capaz de resaltar llamativamente ambas condiciones. De altura era bajo aunque daba la impresión de ser más alto. Llevaba una camisa negra de manga larga arremangada hasta los codos, y a pesar de que parecía silencioso no paraba de hablar.

—Jacinto, ¿nos pone cinco gin-tonics? —ordenó Ángel con esta pregunta.

Al coger el dueño la botella de ginebra, apareció un póster de Rafael Farina pegado con celo a un espejo. He de reconocer que apenas sabría nombrar tres o cuatro éxitos de Farina, al contrario de lo que me ocurre con Manolo Escobar, del cual hasta podría decir dónde nació, cuántos hermanos eran, con quién se casó, los lugares en que vivió, y alguna vez hasta he sido capaz de arrancarme cantando «El porompompero» y «Que viva España». De Farina solo sabía que era de Salamanca y por curiosidad pregunté por ese cartel en el bar, pero también pregunté por ganas de oír hablar al dueño. Jacinto me explicó cortésmente pero sin dejar de protestar que admiraba a Farina más como paisano que como cantante, pues ambos eran de la misma tierra, si bien de pueblos distintos, y que él era de Vitigudino, donde un hermano suyo llevaba media vida como concejal socialista, aunque era el más conservador de la familia.

Con los gin-tonics, Jacinto nos puso una bandejita de cacahuetes salados, a los que llamó manises, y otra de quicos, a los que llamó pepes.

–Esto nadie lo ha visto antes –dijo De Diego sacando el frasco de su bolsa de La Balear. Parecía flotar algo enroscado dentro de un líquido pastoso–. No lo abro porque huele un poco. Son unos excrementos que alguien recogió en el Himalaya.

–¿Cómo has conseguido esta maravilla? –J. L. Hermosilla hizo el gesto de echar mano al recipiente y De Diego lo apretó contra su pecho–. Esto me lo tienes que dejar fotografiar para la revista. Va en portada el mes que viene.

–Ya veo el titular –dije–: Mierda para los negacionistas.

–Es que aún no me atrevo a hacerlo público, J. L. –dijo De Diego.

–Cuando te decidas, tengo que estar delante. Será una jornada histórica. ¿De dónde lo has sacado? –dijo J. L.

–Me lo dio un sherpa con los brazos llenos de tatuajes raros. Pero no a cambio de dinero sino solo por la causa. Él está convencido de que pertenecen al yeti. Quería que los analizáramos en Occidente. Si se halla en lo cierto, probablemente se trate de la primera vez que alguien da con una huella inequívoca de la criatura.

–Una cosa así te podría garantizar tu entrada en la posteridad –dijo el Jugador de Ajedrez sosteniendo la pipa en una mano.

–Y asegurar el futuro de tus hijos –añadí.

–¡Pero si no tengo hijos!

–Pues es lo mejor que les podrías haber legado –dije.

–No sabía que habías estado de viaje –dijo Ángel.

–Bueno, es que no he salido. Al sherpa le conocí en la bodega Saltó del Poble Sec. Como le vi tomándose una Coca-Cola solo en una mesa, me decidí a abordarle. Se sorprendió porque le hablé en chino mandarín, y por supuesto a la que tuve ocasión saqué el tema del yeti. Enseguida me di cuenta de que no podía haber encontrado interlocutor más apropiado, pues conocía muchas leyendas e historias, y me

habló de diferentes tipos de yeti. El más común es el de alta montaña, pero también existen yetis de otras clases. Y hay quien habla de un yeti pirenaico del tamaño del desmán de los Pirineos. El desmán de los Pirineos es como un topo con pelo de yeti. El caso es que a mitad de su explicación el sherpa dio un salto y salió por piernas. Yo creí que le había dicho algo horrible sin darme cuenta, así que para consolarme me acabé su Coca-Cola y su bolsa de patatas, pero se las tuve que restituir, ya que al rato se presentó con este frasco. Me explicó que aquí él se llama Meritxell, ya que es lo más parecido que había oído en Barcelona a su nombre, y que cuando se enteró de que era nombre de mujer ya se había acostumbrado a llamarse así, sin contar además con que nadie se extrañaba, pues la gente creía que se trataba de algo parecido a Meritxell pero que no era Meritxell. Trabajaba de aprendiz en una barbería del barrio y barría el suelo. En sus rutas como guía por el Himalaya, en una zona que no me quiso precisar, le había llamado la atención la presencia de estos excrementos. No se parecían a los de ningún animal conocido. Tenían forma como de ensaimada y relucían en la oscuridad. Empezó a frecuentar el lugar por su cuenta y riesgo, y dedujo que aquel punto era utilizado por una extraña criatura para hacer sus necesidades, razón por la que decidió ir a horas diferentes del día y de la noche, y hasta llegó a quedarse allí acampado en la nieve, con el propósito de descubrir de qué animal se trataba. Pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Sin embargo, si volvía a pasar por allí durante su trabajo de guía, de nuevo encontraba estiércol reciente. Y así fue repitiéndose a lo largo de todo el tiempo en que ejerció aquella tarea. Pero un día la tristeza llegó hasta su corazón y decidió emigrar en busca de una vida mejor, y pensó que podría instalarse en Barcelona, ya que había guiado a muchos catalanes. Hay que ver lo que les gustan a los catalanes las montañas con nieve, me dijo. Como alguien le había conta-

do la historia del *caganer*, se trajo los excrementos pensando que aquí sabríamos apreciarlos. Me pidió que en cuanto tuviera algo pasara por la barbería a decírselo.

De Diego era de Tarragona, de la zona donde están las petroquímicas, pero llevaba más de la mitad de su vida viviendo en Barcelona, donde había estudiado lenguas orientales, turismo y también algunos cursillos relacionados con las ciencias ambientales. Al hilo de su conversación recordé haber leído artículos de De Diego en *Rumbo 3*, siempre sobre asuntos de criptozoología, en los que era experto.

J. L. Hermosilla cerró los ojos durante un rato pronunciando unas frases que no se llegaban a entender. Pero de pronto los abrió de par en par y chasqueó los dedos con el rostro iluminado. El lunar que ocupaba el centro de su mejilla vibró como una estrella lejana.

—¡Ya lo tengo, De Diego! Mi suegro fue químico en pinturas Procolor, cuando estaban en la playa de San Adrián del Besós. Hoy la fábrica ha desaparecido, la derrumbaron y ha quedado un solar vacío. Hay que ver cómo ha cambiado San Adrián. Mi suegro vive retirado y ahora se saca un sobresuelo ayudando a un vecino en el reparto de jamones de Teruel. No sabría decirte si es de Mora de Rubielos o de Rubielos de Mora. Siempre me confundo. Podemos ir a verle para que nos asesore. Su mundo ya es el de las degustaciones de jamón, pero seguro que aún se acuerda de muchos laboratorios. Tienes razón. Es mejor que mantengamos esto en secreto hasta que podamos demostrar que se trata de heces del yeti.

—¿Cómo haría el sherpa para traer esos restos orgánicos desde tan lejos? Al avión seguro que no se los dejaron subir. Y, bueno, aseguraría que aún parecen frescos —dijo el Jugador de Ajedrez.

—Me garantizó que iban a durarme toda la vida. Era un tipo muy peculiar, y de algún modo me resultaba familiar su

rostro. Como si antes lo hubiera visto en la tele, o en el cine... No sabría decirlo. Quizá se parecía a David Carradine.

Hasta ese momento habíamos estado solos en aquel bar pequeño y oscuro con olor a poso de café. Pero entonces se abrió la puerta de la calle, De Diego se apresuró a meter su frasco en la bolsa y cambiamos de conversación. En aquellos días, ninguno de nosotros, excepto Ángel, conocía al librero Batlló, que acababa de entrar en La Lastra. Le siguió una bocanada de aire frío. Nos estremecimos todos y Batlló dio un gruñido y se giró para cerrar la puerta. Ángel dejó doblado sobre el taburete su elegante abrigo azul y se dirigió a recibir a su amigo dándole un abrazo, y lo invitó a unirse a nosotros. Batlló era de estatura más baja que el dueño del bar, llevaba la cabeza completamente rapada y una barba castaña y encanecida cubría su rostro redondo. Tenía los pies muy grandes y cierto aspecto de ogro, pero su risa era de genio bueno aunque tenía el hombre un poco de mal genio. Luego supe que años atrás había sido muy conocido en el mundo de las letras y encontré su biografía en varios libros. Era hijo de un comunista catalán que se exilió y vivió semiculto en Sevilla al acabar la guerra civil, y, apenas cumplidos los veinte años, Batlló regresó a Barcelona en busca de la vida y del éxito literarios. Por eso hablaba un catalán de acento andaluz, lo que no resultaba desconcertante sino muy adecuado.

Sin que nadie se lo pidiera, Jacinto puso sobre la barra una jarra de litro de cerveza, y Batlló se la bebió sin respirar.

—Jacinto, ponme una cerveza, hombre —dijo secándose la espuma de la barba con la manga de su jersey de lana. El dueño del bar le sirvió otro tanque y le ofreció una bandejita de altramuces, a los que llamó chochos—. ¿Cómo ha ido la conferencia, Ángel? No he podido llegar hasta ahora. Me quedé toda la tarde solo en la librería. Ha sido poco movida, pero ha valido la pena. Le he vendido un libro de Roger

Wolfe a un repartidor que solo compra poesía. El tipo sabe lo que se lleva.

Batló se quedó cabizbajo contemplando su jarra, y nosotros permanecemos callados. Ángel descansó la mejilla sobre una mano y miró fijamente al librero. De Diego tenía apoyado un pie en el tubo de metal de abajo de la barra. No le gustaba sentarse. Era un defensor a ultranza de permanecer de pie en las barras. Otra ráfaga de viento empujó la puerta de aluminio. El dueño salió para cerrarla pero se quedó abierta.

*El librero en su librería
es arrastrado por la policía.*

Como en La Lastra Batlló me contó que también vendía libros usados, fui a Taifa en busca de alguna sorpresa. Batlló había puesto todo su empeño en ser un proscrito. Nunca me lo dijo así, pero lo hacía notar a cada momento. Creí que el nombre de Taifa lo eligió para reafirmar su individualismo o como gesto de coquetería; pero una vez me explicó que lo que le interesaba de esa palabra no era su significado de reino independiente sino otro sentido secundario, el que aludía a una reunión de personas de mala vida o poco juicio.

Batlló compraba bibliotecas fascinantes, pues era amigo de muy buenos lectores: profesores, periodistas, escritores..., y en las mesas destinadas a los libros de ocasión (tablones apoyados sobre caballetes) las sorpresas se amontonaban. En la entrada, la ventana que hacía de escaparate la había dedicado a novedades sobre el cine, pues la librería se encontraba a unos pasos de las salas Verdi, y durante una época adornaba las vitrinas de estos cines poniendo volúmenes relacionados con las películas que se proyectaban. De dentro de aquellos libros sobresalía el punto de lectura con el membrete de Taifa. Una de las películas favoritas de Batlló era *Luna de papel*, la historia de un tipo sin techo ni futuro que viajaba con su hija vendiendo Biblias por los pueblos.

Junto a la puerta de cristal de Taifa, Batlló había puesto una pizarra donde todos los días escribía con buena caligrafía una frase del tipo: «Cometió el grave error de creer que su talento le dispensaría de trabajar.» Batlló nunca había dejado de publicar, pero para hacerlo elegía los soportes más efímeros. Los primeros que conoce toda persona: la cuartilla, la pizarra, los sitios donde se aprende. Batlló fue poeta de joven y había dado a la imprenta algunos poemarios como *Canción del solitario*, *La mesa puesta*, *La señal...*, era la época de la poesía social y del verso de tú a tú dirigido a un amigo, a la vida o a uno mismo. Aparecía retratado en blanco y negro en las contraportadas de sus libros con una cazadora o con camisa de guerrillero, con barba, sosteniendo en brazos a su hija recién nacida, sonriendo siempre. Cuando le conocí ya le había cambiado la sonrisa. A pesar de ser buen poeta, Batlló creyó en los otros más que en él y de repente dejó de escribir de forma radical (en realidad dejó radicalmente de escribir), y se puso a fundar revistas literarias y a editarles a los demás libros de poesía en una colección a la que llamó El Bardo, hasta que se convirtió en un celebrado editor y ganó fama como descubridor de grandes autores. Entonces abandonó esto igual que había dejado de escribir poesía. Pero todo eso sucedió hace mucho tiempo, durante la última década de la dictadura franquista y la primera de la democracia monárquica. Más tarde, en los años ochenta del siglo pasado, abrió su librería en Gracia cuando aún las calles del barrio eran oscuras y tenían adoquines. Antes, el local había sido una vaquería, y de ahí conservaba la librería su espaciosidad y cierta rusticidad, y a continuación la reemplazó una tienda de ropa de moda que se llamaba La Calle, pues parte de su suelo era la propia acera, sobre la que se levantaba el local, y de esa boutique Taifa conservaba su piso con las baldosas de flor típicas de Barcelona. Le encantaba a Batlló organizar presentaciones de libros, y aún más irse luego a cenar con los autores

invitados y el puñado de amigos que frecuentaban aquellos actos. Muchos de los escritores que participaban eran vacas sagradas de la cultura que habían dado sus primeros pasos junto a él cuando todo era compromiso y chocar de vasos. Una vez Manuel Vázquez Montalbán fue a presentar su libro *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*, y a Batlló no se le ocurrió otra cosa que pedirle delante de una librería hasta los topes que explicase cómo se había convertido de charnego en polaco. Durante los años iniciales, el negocio estuvo regentado por la hija de Batlló, otra coquetería más del librero. No el hecho de tener una hija, sino ponerla al frente de Taifa como emblema de su mundo. Por supuesto, también era una manifestación de amor. Batlló sería incapaz de hacer algo sin amor. Hasta cuando se ponía de mala leche lo hacía por amor propio. A su hija la llamó Noemí en homenaje al primer suscriptor, es decir, suscriptora, de la colección El Bardo. Pero, al poco de abrir la librería, Noemí desaparecería trágicamente y Batlló se quedaría trágicamente solo entre sus libros.

Aquella tarde encontré entre los mamotretos de ocasión la novela *El vagabundo de las estrellas*, de Jack London. Ese libro lo tuve desde que era adolescente y lo había leído muchas veces, de hecho siguiendo las indicaciones de su protagonista me inicié en la práctica de los viajes astrales. La primera noche que me salió bien un viaje quedé tan impresionado que no llegué a completarlo, pues regresé precipitadamente a mi cuerpo físico cuando mi cuerpo astral acababa de salir disparado hacia un prado que se proyectaba frente a mí. Lo que me atrajo de aquella edición, en la colección Manantial de Plaza & Janés, era la portada. Tenía un dibujo tétrico, que representaba a un preso sin camisa doblado sobre sí, en un pasillo de rejas, junto a una botella tirada. No creo que la cubierta mostrase del todo la intención de la novela, pero la ilustración era estremecedora. Batlló me dijo que si lo espera-

ba me invitaría a cenar. La noche se alargó hasta las tres de la mañana y apenas probamos bocado. Lo intentamos en un restaurante familiar, pero los hijos de los dueños vieron que estábamos solos y se pusieron a jugar al fútbol entre las mesas. Lo dejamos en el primer plato y nos fuimos a tomar una copa.

—¿Así que eres amigo de Ángel? —murmuró Batlló—. Quién lo diría. Compráis libros muy diferentes. Este que te has llevado de Jack London también lo edité yo hace años, no con una cubierta tan truculenta pero sí que era todavía más fea. Le encargamos la colección a un diseñador de renombre, y nos hizo un experimento. Era imposible entender el título del libro. La verdad es que tampoco le pagamos. Ángel tiene muy buen gusto eligiendo libros, es muy fino.

—No he visto que tuvieras una sección de ocultismo.

Batlló se rió sin alegría.

—¿Tú también te dedicas a eso? —me dijo.

—Hago magia de verdad, es decir, de la que tiene truco. Soy ilusionista profesional. Actúo en reuniones de empresa, fiestas, alguna sala... También valen librerías. No me gano la vida así, pero tampoco me la gano de otra manera. Empecé a estudiar periodismo y lo dejé porque estaba muy lejos la universidad. Me daba palo ir hasta el quinto pino, a Cerdanyola, cuando lo que yo quería hacer estaba a la vuelta de la esquina. Estaba en mí mismo. Aprendí cuatro trucos con una caja de Magia Borrás, y después fui practicando, leyendo, frecuentando tiendas especializadas, algún taller, conociendo a otros magos. Antes de la Magia Borrás, había visto en televisión *Las manos mágicas*. Se me quedó la canción: «Las manos mágicas le dirán la forma de aprender bonitos trucos que de magia son, el resto depende de usted.» Todo está en las manos. ¿Has leído *El artesano*, de Richard Sennett?

—Por lo menos reconoces que haces truco. Entonces, ¿crees que Ángel miente cuando cuenta eso del demonio?

—No, a él me lo creo.

—¿Y al demonio?

—No.

Estábamos en la barra del Salambó, un café de dos plantas que durante unos años dio un premio literario que llevaba su nombre. En la planta baja, había en las paredes fotografías de cada edición del premio con los jurados y los galardonados. Grupos de escritores sonrientes. Algunos aún eran conocidos. Otros ya no. Fui al lavabo, un sitio muy moderno para hacer una de las cosas más viejas del mundo, y cuando volví Batlló había pedido dos whiskys.

—¿Conoces a Pedro Zarraluki, el escritor? —me dijo—. Acaba de irse. Es uno de los dueños de este bar. Tiene unas cosas... Hace poco sacó un libro de cuentos y no se le ocurrió más que meterme de personaje en uno. Lo que me faltaba ahora, verme de personaje en un libro.

—¿Te molesta? Es un detallazo por su parte.

—No, está bien. Está muy bien. Pero me tendría que haber sacado más alto y con los ojos verdes. Acaba de decirme que lo quiere presentar en la librería.

—Pero ¿sales con tu nombre y todo?

—No, eso no.

—Menos mal, tiene que dar mucho corte que te saquen en una novela con tu nombre.

—No es corte. Bueno, sí es corte, pero no por los demás. Es por uno mismo. A veces lo pienso. De vez en cuando viene algún despistado a la librería a preguntarme por El Bardo, por *Camp de l'Arpa*, cuando hacíamos la revista. Hay uno de la universidad que quiere digitalizar toda la colección, y no hace más que insistir y no se cree que no guardo ni un ejemplar. También me piden cartas porque han visto que mantuve correspondencia con tal o cual escritor. Max Aub me mandaba unas cartas muy divertidas. Van dados. No conservo nada. A duras penas me conservo yo. Es lo que le digo a Jordi...

—¿Quién es Jordi?

—Jordi es ahora el alma de la librería. Si no fuera por él no sé cómo iba a llevarla. Y ya se lo he dicho para que lo tenga bien claro: lo que más rabia me daría, bueno, me da ahora porque luego no estaré, es que una vez muerto me hicieran homenajes, me sacaran de personaje literario. Por lo menos Zarraluki me da la opción de defenderme, me lo ha hecho en vida. Y eso de la magia ¿dices que no te da para vivir?

—Vivo con mi madre.

Volvió a soltar una risotada.

—Está durilla la vida, está durilla —dijo—. ¿Hace mucho que conoces a Ángel?

—¿Personalmente? Qué pregunta, disculpa. Personalmente os conocí a los dos el mismo día, pero a Ángel lo voy leyendo en la revista.

—¿Es que escribe en una revista?

—En *Rumbo 3*. Es una revista de esoterismo.

De nuevo rió secamente.

—Viene mucho por Gracia, pasa por la librería desde el primer día que abrí. Y siempre me sorprende con lo que se lleva. Lee muy bien.

—Pero ¿qué clase de libros compra?

—Novela. Yo no vendo libros de ocultismo. No estoy tan chiflado. Una vez entró un hombre en la librería y me dijo: ¿Tiene *El triángulo de las Bermudas*, de Camilo José Cela?

Batló se recreó un rato largo en un silencio inhóspito. Dejamos el Salambó y recorrimos otros bares a través de la noche, recuerdo que recalamos en el Galpón Sur y luego en el Felipe, y cuando ya no pude más y vi que empezaba a no ser dueño de lo que decía le dije a Batlló que me iba a mi casa. Él cruzaba la plaza de la Revolución en difícil equilibrio, pero mantenía la cabeza lúcida y la conversación clara. Me acompañó hasta un taxi y me recomendó que al entrar en casa no hiciera ruido para no despertar a mi madre.

—¿Tú sigues de marcha? —le pregunté.

Otra vez rió.

—No. Creo que me vuelvo a la librería a coger algún libro. Me he quedado en el piso sin nada para leer. A ver si tengo más suerte esta vez.

—¿Con el libro?

—No, con la policía. El mes pasado me detuvo la guardia urbana porque me confundieron con un ladrón. Vieron luz en la librería, sería más o menos esta hora, y yo había ido como ahora a buscar algo para leer. Pero ¿quién va a meterse en un librería a las tres de la mañana a robar un libro? Pues eso fue lo que se pensaron esas lumbreras. Claro, me resistí, forcejamos y les puse de vuelta y media y les dije que era el dueño, y que en mi librería entraba y salía a la hora que me daba la gana, y que esto no era *Fahrenheit 451* —Batlló pronunció fareneit y enumeró la cifra—, y los muy imbéciles me tiraron al suelo y me apretaron las esposas hasta hacerme sangre en las muñecas, y me sacaron de la librería arrastrándome de barriga por el suelo, y me tuvieron detenido toda la noche. Y encima son ellos los que me han denunciado a mí. Pero yo les dije de todo. Ahora estoy a la espera del juicio.

Le dije adiós desde dentro del taxi sacando la mano por la ventanilla para tendérsela y Batlló me la estrechó con fuerza, y se le quedó una mirada de felicidad y luego dio media vuelta en dirección a la librería, y el taxi tomó Torrent de l'Olla hacia abajo, y en la esquina de la pastelería de Travesera le pedí que girara a la izquierda.